

LA FRIVOLIDAD DE LA CLASE POLITICA

NO hace mucho he dicho por radio que soplan por nuestro país dos vientos que le están asolando: uno de locura y otro de frivolidad.

El de locura, asociado a la violencia y al terror, es de sobra conocido y aun dijéramos que reconocido. El de frivolidad, tal vez más temible, apenas se teme y casi no se reconoce. Sobre este último me parece necesario, y por consiguiente oportuno, decir algo que sea bastante para precavernos de él.

La frivolidad es hoy una nota de la clase política española, que tiene el don de sustraer de los hechos y de las ideas la importancia que realmente tienen, cuando la importancia supone dificultad. Para el frívolo, el mundo pierde en cada momento la gravedad necesaria para que no sea temible, ni exija la respuesta inmediata, contundente y proporcionada al peligro que encierra. El frívolo sabe lo que hay de temible en el mal ejemplo, la quiebra repetida, la corrupción, la evasión de divisas, las huelgas seguidas e incontrolables o el chabolismo, pero ha perdido la capacidad de valorar con justeza su importancia, de modo automático disminuye de la realidad el nivel de lo importante y responde como si en estos casos la amenaza no existiera. No hay, pues, que confundir al frívolo con el clínico. El frívolo no cree que nada tenga importancia; al contrario, la admite, pero sólo hasta el dintel en que comienza a exigir la responsabilidad que implica sacrificios. Al llegar aquí lo importante se diluye y el frívolo contempla la realidad con la sonrisa tranquila de quien vive sin miedos, zozobras, odios ni rencores.

Esta notabilísima falsificación de la realidad lleva consigo, como elemento inseparable, el aniquilamiento de la responsabilidad, hasta el límite en que la responsabilidad pueda ser fuente de inquietud o de problemas. El frívolo sólo es responsable ante sí mismo, los otros o los acontecimientos, hasta un determinado punto definido por las fronteras de lo trivial. Cuando algo comienza a rebasar lo trivial, el frívolo comienza a dejar de ser responsable para todo cuanto exceda la trivialidad. No se trata, por consiguiente, de ningún irresponsable, sino de un responsable que sólo lo es ante un mundo al que ha quitado el peso y carga de la importancia. De estos mini-responsables, los frívolos, está poblada hoy la clase política española.

No se crea, por lo que vengo diciendo, que el frívolo es inofensivo y ajeno a las pasiones, pues las tiene. No hay que confundir frivolidad con inocencia. Cuando el inocente descabala la realidad, disminuyendo su importancia, ocasiona lo cómico, pero el frívolo no es cómico. Ni inocente ni cómico, cultiva sus pasiones evitando en cualquier momento el compromiso que pueda destruir la frivolidad.

En cuanto condición individual es fácil, o relativamente, fácil, explicarse que haya frívolos, admitiendo que expresan, aisladamente, la irresponsabilidad de clase correlativa a la abundancia de las posibilidades de consumo. Sin embargo, como condición colectiva no es sencillo de explicar. ¿Cómo se explica el hecho de que actualmente en España el carácter principal de la clase política sea la frivolidad? Téngase en cuenta antes de continuar, que actualmente significa aquí desde la iniciación explícita del proceso democrático hasta la fecha. Quiero decir con esto que la oligarquía autocrítica que rodeaba al general Franco no era frívola. Se la puede acusar de voraz, despiadada y corrompida, pero no de frivolidad. Aceptaba los compromisos y se metía en ellos sin excusar el peligro. Luchaba, corrompía y mataba, pero no era frívola. Tenía sus frívolos, desde luego, como conviene a una clase con excepcional nivel de consumo. No obstante, en cuanto oligarquía, está muy lejos de aquella adjetivación. Sin embargo, apenas iniciado el camino de la democracia, la nueva clase política se pobló de frívolos. El propio pueblo, la masa electoral, aceptó con gusto durante algún tiempo la frivolidad. Tan cierto es esto, que los expertos más finos del mercado de votos vendieron sus productos revestidos de esta condición. Pasados unos meses, muy pocos, el pueblo ha recobrado la seriedad, pero la clase política no. Quienes están alrededor de la clase política, a veces estar alrededor significa merodear, lo saben bien. Los periodistas, por ejemplo, que no acaban de tomar en serio a la mayoría de los políticos, incurriendo ellos mismos en frivolidad.

¿Cómo se puede explicar este fenómeno que cada vez se extiende más y amenaza con destruir la democracia que estamos intentando fundamentar?

La frivolidad, es esencialmente, a mi juicio, la corrupción del convencimiento. Si hay convencimientos fuertes y sanos

ENRIQUE TIERNO GALVAN

no hay frivolidad. Si no hay convencimientos aparece el cinismo. Si hay convencimientos, pero tan debilitados y corrompidos que más que convencimientos son opiniones sostenidas por el interés inmediato de consumir y gozar, aparece la frivolidad. El pueblo tiene convencimientos firmes, la burguesía establecida también. La pequeña burguesía ascendente que se inicia en los placeres y ventajas de la vida burguesa es la que tiene los convencimientos más frágiles. Cuando esta pequeña burguesía interpreta y cumple la instauración de la democracia en un periodo de tránsito rápido del subdesarrollo al desarrollo, la frivolidad define a la clase política. Hoy en España la frivolidad de la clase política es el resultado de la interpretación en la práctica de la democracia por la pequeña burguesía. Pequeños burgueses que andaban por los aledaños del poder en el periodo franquista, pequeños burgueses que se iniciaban en las ventajas profesionales en la decadencia del franquismo, pequeños burgueses que aprovechaban el oropel universitario, todos con opiniones, pero sin firmes convencimientos, han ocupado los puestos principales del ruedo políticos. De aquí la necesidad urgente de que la burguesía y el pueblo sustituyan a la pequeña burguesía ascendente, cuya frivolidad le impide tener respuestas adecuadas a las exigencias de la situación actual. Por eso pedimos algunos una derecha burguesa sólida y responsable y partidos de izquierda también sólidos y responsables; en otras palabras, que sean de izquierdas. En caso contrario, la frivolidad incapaz va a barrer al país.

No significa cuanto he dicho que no haya en la clase política española personas serias: las hay, pero rodeadas de un mar de frivolidades. Quizá el mejor remedio para que todos adquiramos, recobremos o estrenemos la necesaria seriedad sea el aumento cada vez mayor de dificultades. Llega un instante en el proceso de la convivencia en que la frivolidad no tiene sentido, porque las posibilidades de escapar a las dificultades y peligros son nulas. Algo semejante ocurrirá con nuestra clase política que madurará de golpe cuando los problemas sean tantos y tales que para nadie haya escapatoria posible. Será entonces cuando la confusión desaparezca, cada uno esté en su sitio y la verdadera democracia sea más que una promesa. ■